



## HISTORIA DE UNA CINESÍFILIS EN UNA NOCHE SIN FORTUNA

*Manuela Gómez Quijano\**

### **RESUMEN**

Andrés Caicedo creó un universo de adolescentes angustiados entregados a destinos fatídicos; jovencitos que habitan la realidad nocturna y son redimidos por el cine y la música. Su creador fue también salvado por el séptimo arte, a la luz de las imágenes forjó su condición eterna de cinéfilo.

### **PALABRAS CLAVE**

Andrés Caicedo, jovencitos, angustia, fatalidad, noche, cine.

### **ABSTRACT**

Andrés Caicedo created a universe of anguished youths amidst the nocturnal realities of their doomed existence: teens redeemed by films and music. Their creator was also saved by the Seventh Art and the images wrought by his enduring condition as a cinephile.

### **KEY WORDS**

Andrés Caicedo, youngsters, anguish, fatality, night, cinema.

---

\* Estudiante de Licenciatura en Filosofía y Letras Universidad Pontificia Bolivariana.

Dirección electrónica:

Artículo recibido el 24 de julio de 2007 y aprobado por el Comité Editorial el día 24 de octubre.

*Desde mi infancia no he sido como otros fueron,  
no he visto como otros vieron;  
mis pasiones no surgieron de la misma primavera,  
mis penas no brotaron de la misma fuente;  
no conseguí acompasar mi corazón para divertirme con el ajeno,  
y todo lo que amé, lo amé en soledad*

Edgar Allan Poe.

Andrés Caicedo habitó las ardientes calles de la ciudad de Cali dejando a su paso enigmáticas reflexiones sobre la existencia de los jovencitos, sobre la manera de ver cine, sobre la obsesión de escribir, de dejar obra, sobre la inexorable temporalidad a la que estamos sujetos en nuestra mortalidad. Su creación literaria la inició en 1964 a los 13 años, una carrera en solitario contra el tiempo, que dejó tres novelas, un relato inconcluso, gran cantidad de cuentos, cinco números de la revista "Ojo al Cine", obras de teatro, guiones y textos sobre cine. Además de su trayectoria cinéfila en el cine club de Cali, del cual fue su fundador y director.

Andrés Caicedo fue ante todo un escritor precoz que creó un universo literario poblado por adolescentes, niños burgueses marginados que huyen al desclasamiento social, que se debaten entre el camino del norte al sur. Jovencitos con destinos fatales, rayados por la angustia existencial, enfermos de amores trágicos por la fatalidad que les espera en una esquina de la avenida Sexta de Cali. Sus personajes recurren a la oscuridad que tranquiliza, donde son salvados por el cine, que a su vez hace la noche en sí mismo, por la música, enredadera nocturna que sensibiliza sus vidas trágicas.

Desde muy temprano Andrés conoció y devoró la obra de mister Edgar Allan Poe, tal como lo llamaba. A los ocho años ya leía y entendía al escritor estadounidense. De igual forma alucinó también desde muy temprana edad con los personajes Lovecraftianos que llevaban el infierno adentro. Estos dos maestros de la literatura fantástica dejaron en Andrés el germen de la fatalidad, alimentado luego con su enfermedad apasionada por el cine de terror. A muy pocos años comenzó su aficción por “ese sueño, ese viaje colectivo de búsqueda de recuerdos que es el cine”<sup>1</sup>, su gusto por las películas de serie B, los *Western* y el género de terror; muy joven también escuchó a los Rolling Stone y alucinó con el piano de Richy Rey y Bobby Cruz. Muy temprano se enfermó para siempre de una pasión desbordada.

Sus amigos le decían *Pepito Metralla*, por estar siempre tecleando en su máquina de escribir; “mientras esta máquina esté sonando me siento protegido como por una cortina de humo”<sup>2</sup> escribió Andrés, que nació un 29 de septiembre y murió por sus propios medios a los 25 años, el 4 de marzo de 1977; día aquel en que “se le adelantó a la muerte, precisándole una cita”<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *“Calibanismo”*. Calicalabozo. Bogotá: Grupo Editorial Norma 2003. p. 113.

<sup>2</sup> CAICEDO ANDRÉS, *Noche sin fortuna*. Bogotá: Editorial Norma 2002. p. 236.

<sup>3</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *¡Que viva la música!* Bogotá: Grupo Editorial Norma educativa, 2001. p. 202.

No es asunto central de este acercamiento a Andrés la descripción de su muerte, ni hacer ninguna apología que se quede sólo en la anécdota; sólo basta mencionar de que muy joven se dio cuenta que la muerte lo visitaría pronto, por tanto, se trata de intentar comprender la precocidad de su obra y de su vida. Es sentir cómo Andrés se convirtió en uno más de sus angelitos fatídicos, y eligió para él la juventud eterna. Se fue, como lo dice Carlos Mayolo, uno de sus pocos buenos amigos, “con el poema, no con el borrón del poema que nos ha tocado a nosotros”<sup>4</sup>. Sabiendo pues de su corta existencia, Andrés no perdió el tiempo, como se dice, y vio tanto cine como pudo; tejió ficciones, creó personajes, delineó su sombra y su angustia, pensando todo el tiempo en su consigna: “Deja obra y muere tranquilo, confiando en unos pocos buenos amigos”<sup>5</sup>. Pero pensándolo bien, ¿dejar obra no es seguir viviendo? De esto queda por decir, tal como lo expresó su padre que “Andrés se educó donde quería, vivió como ambicionaba y murió cuando quiso”.

Caicedo se recuerda como un infante terrible, uno de nuestros escritores malditos, que dejó para sí lo dicho por Baudelaire: “Descontento de todos, descontento de mí mismo”, germen de su literatura, evidente en su primer cuento *Infeción*: “Odio la avenida Sexta por creer encontrar en ella la bienhechora importancia de la verdadera personalidad. Odio al club campestre por ser a la vez un lugar estúpido, superficial e hipócrita. (...) La odio a ella por no haber podido vencer a su conciencia y a sus falsas libertades. La odio porque me demostró demasiado rápido que me quería y me deseaba pero después no supo responder a estas demostraciones. La odio porque no las supo demostrar pero ese día se fue cargando con ellas para su cama. (...) la odio porque me originó un problema el verraco y porque siempre se iba con mis palabras, mis gestos, mis caricias, con todo... otra vez para su cama”.

---

<sup>4</sup> MAYOLO, CARLOS, *Unos pocos buenos amigos*, Documental realizado por Luis Ospina.

<sup>5</sup> Ibid. p. 204.

“Odio a mis amigos... uno por uno. Unas personas que nunca han tratado de imitar mi angustia. Personas que creen vivir felices, y lo peor de todo es que yo nunca puedo pensar así. Odio a mis amigas, por tener entre ellas tanta mayoría de indiferencia. (...) Me odio, por no saber encontrar mi misión verdadera. Por eso me odio... y a ustedes ¿les importa?”<sup>6</sup>.

“Yo nunca voy a ser escritor ni cineasta famoso. Lo único que yo quiero es dejar testimonio, primero a mí de mí, luego a dos o tres personas que me hayan conocido y quieran divertirse con las historias que yo cuento”<sup>7</sup>, afirmó Andrés, que comentaba con su voz tartamuda, que él también escribía porque no podía hablar. En sus memorias dejó dicho de igual forma: “Escribes para matar el tiempo, y para darle una forma independiente a la tristeza que ahogas”, “no puedo decir que escribiré mucho, mucho más, pero he logrado sacar de mí los pensamientos negros. Me siento liviano y gris”. Enredadas en su obra quedan también algunas definiciones que delinear su personalidad, así: “Soy ave nocturna”, “soy nave sin regreso, un amor en vano, un terco peleador de media noche”, “soy una muralla blanda de sombras y humo”.

Su obra invita, a lo oscuro, al desorden, a la destrucción. Los valores estéticos se invierten y en su mundo la noche y sus elementos terroríficos son sinónimo de placer y de comodidad, la belleza queda redimida a la violencia, y los vicios solitarios llenos de dudas y sombras son el camino a seguir. Habitante de otra realidad ajena a lo propuesto por la imaginación y la narrativa de nuestra literatura nacional, Caicedo como se muestra a continuación, habla desde una colectividad creada en ficción, pero que no es más que la de su condición de solitario, bajo la sombra de maestros como Poe o Lovecraft. “Es así como se plantea la existencia de otra realidad, de destinos diferentes, que si a nosotros no nos sirve esa realidad

---

<sup>6</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Infección*, Calicalabozo. Bogotá: Grupo Editorial Norma 2003.

<sup>7</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Carta a Mayolo*, En: Teatro Maticandelas 1994. p. 33.

de ustedes (...) que en ella somos infelices, solos, se burlan de nosotros, pues que nos dejen entonces habitar la realidad que nos sirve a nosotros, la parte que le corresponde a las sombras que es donde nos sentimos bien (...), que si nos ven entrar solos a cine que no nos ofrezcan compañía, que si escribimos textos larguísimos sobre vampiros que no se burlen (...), que lo que a ustedes les parece terrible para nosotros es el sitio donde empieza la limpieza. (...) Bueno, sí somos marginados. Porque nos tocó ver bien en la sombra de las cosas. Porque un buen día supimos que habíamos amanecido con un cucarrón en el pecho, que si uno se descuida le roe todo, primero el hueso y después el corazón”<sup>8</sup>.

*De sus pelados queridos o angelitos malditos*

¿Cómo vamos de abismo?  
Todavía no toco fondo  
Puede que no haya fondo hermano<sup>9</sup>.

La angustia se manifiesta en los personajes caicedonianos: un elemento común que produce un desasosiego inconcluso y al cual todos le temen, es el momento del despertar, la mañana insoportable, incluso para Andrés, “la despertada es la peor hora para la nostalgia”, “no hay nada peor que el despertar en el que uno no advierte ninguna posibilidad mejor para el nuevo día. Si la noche durara siempre”<sup>10</sup>.

Miguel Ángel, habla desde una mañana angustiosa por el olvido, el olvido que lo entregó a una fatalidad de una noche sin recuerdos, la noche en que conoció a Berenice y perdió su niñez para entregarse a la corrupción.

---

<sup>8</sup> CAICEDO, ANDRÉS. *Ojo al cine*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1999. p. 472-473.

<sup>9</sup> CAICEDO, ANDRÉS. *Angelitos Empantados*. Medellín: Editorial LEALON, 1977 p. 45.

<sup>10</sup> CAICEDO, ANDRÉS. *El cuento de mi vida*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2007. p. 53.

“Mañana de mi perdición”, dice Miguel Ángel, que ya no puede querer a Angelita y su amor puro y juvenil, porque quedó enredado en la fatalidad de una prostituta, y en la telaraña de no olvidarla escribiendo su nombre en todas partes, reteniéndola.

En el tiempo de la ciénaga, última parte de la novela, estos angelitos se “empantanán” y son puestos a la luz, asesinados al salir de cine en un teatro del sur de la ciudad. Otra versión, en cambio, muestra el fin en el suicidio, muertos por acción voluntaria, acosados por una ciudad que no les perdona su precocidad, angelitos niños para siempre.

El pretendiente que camina por las mismas calles caicedonianas se llena de angustia cuando se enamora de Angelita Rodante, “sin ella la ciudad se cubría de una bruma de veneno”<sup>11</sup>, desde que se enamoró decidió no hacer nada más que pensarla, no volvió al colegio y miraba siempre a los postes, y después se fue para el campo y cuando tuvo que volver no salió nunca más de su casa. “Hiciera lo que hiciera, siempre estaría allí esa rabia para entorpecer cualquier acción, un examen final para el que no estudiaría jamás. Entonces decidí convertir aquella rabia en pura tristeza, y la única manera era la de aceptar con despojamiento mi destino: el de romántico desgraciado”<sup>12</sup>.

Solano Patiño aparece varias veces en sus relatos explícitamente en *Angelitos Empantanados*, y en *Noche sin fortuna* del cual es su narrador. Le dicen Solano saludador, pues esconde su angustia en sonrisas y saludos no contestados. Él no tiene salvación, es el más maldito de los angelitos de Andrés, a él no lo salva ni el cine ni la música y la noche no lo reconcilia. En su noche sin fortuna se encuentra con el límite de su destrucción: “Soy como habitante de la tumba”, dice Solano que sufre por el desamor de sus

---

<sup>11</sup> CAICEDO, ANDRÉS. *Angelitos Empantanados*. Op. Cit. p.13.

<sup>12</sup> Ibid.p. 41.

padres, no les perdona que sean felices y él no, porque carga con la destrucción en sus bolsillos, y la podredumbre en su cuerpo, así, en la fiesta de quince años de Angelita Rodante, punto recurrente en los relatos de Andrés, Solano experimenta la decadencia y la putrefacción humana. Solo desde un baño describe cómo su cuerpo lucha por estallar en dolor y enfermedades.

Solano es condenado como el mito del vampiro a habitar la noche eternamente, la suya sin fortuna. Los relatos cuentan varios finales de su destino; que se perdió en la noche vuelta mar y pesadilla, que la última vez que lo vieron sus padres fue cuando salió en la noche para la fiesta de quince de Angelita, que después lo encontró la desgracia, pobre Solanito tal como va, dicen que lo cogió un carro y un chofer desalmado ocultó su cuerpo, o que se lo comió Antígona la novia blanca de Danielito o que este último le dio una pastilla, que regresó a su casa se acostó en la cama de sus padres dormidos y amaneció siendo un cadáver.

Andrés dibujó para sus personajes destinitos fatales, jóvenes solitarios y marginados en un mundo de adultos que no les pertenece; así, Danielito Bang caminó para siempre con el infierno adentro después de conocer a Antígona su novia blanca devoradora de hombres, a él, que le dio el beso sabor a manzana a Angelita, lo mataron unos del sur, a Guillermito tejada lo mataron a culata, "carevaca" se mató dándose contra las paredes huyéndole al varón Giménez. Ricardito el miserable termina aullando en una clínica psiquiátrica, a Bárbaro lo mata el árbol del opio y sus alucinaciones, Pepito Torres después de comer todos los hongos mágicos a su paso, se murió como un perro en un patrulla de policías, a Manolín Camacho y Alfredo Campo "los inseparables" los encontraron muertos después de una crecida del río Pance, a Castrico "se le atravesó la existencia" después de que vio a su hermano con el pescuezo inflado, siguió buscando pelea hasta que cayó muertico con tanta pepera. A todos los encuentra la fatalidad, menos a la siempreviva, la rubia rubísima, que vence las sombras y se queda suspendida en su música, en el pedacito de noche de rumba, es

la única que pasa la angustia. Ella, la reina de la vida, de la noche, está derecha rodeada de una multitud de niños muertos. Ella el *alter ego* de Andrés.

### *Lo nocturno*

La ciudad diurna es vista con una luminosidad espectral; el lugar de los héroes caídos del universo de Andrés es la noche, el mundo que enseñan los sueños y el cine. Sus historias son narradas desde la óptica nocturna, sus personajes habitan su feliz amargura desde las calles ensombrecidas. Caicedo es en tanto un escritor nocturno, pues la noche ejerce un vital protagonismo en sus relatos. De igual manera se relaciona la noche con el destino oscuro de sus personajes, con sus finales decadentes y siniestros. Pues la imagen nocturna habita paralela a la fatalidad de sus jovencitos. La novela *Noche sin fortuna*, hace referencia a su nombre, recreada en el ámbito nocturno con tintes de pesadilla surreal. Solano Patiño, su narrador angustiado, es llamado por la noche desde el principio del relato. A la noche Solano le teme tal vez porque en esa sin fortuna se encontraría con su destino a oscuras, porque se daría en la cara con sus tormentos profundos. La luna aparece en misterio y escalofrío, un vientecito que le instala a Solano la degradación de su cuerpo. “Un rayito de luna, un hilito de agua que se me metió yo no sé por dónde y me recorrió toditica la espalda y me infló un balón número 6 en la boca del estómago. Explota y salgo de una”<sup>13</sup>, es un llamado a su destino: “Salí a la noche”, “caminé muchas cuadras derecho con la luna”<sup>14</sup>.

Para los personajes de *Que viva la música*, la noche es un espectáculo recibido con gestos festivos; la música y el baile necesitan de la noche, ella

---

<sup>13</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Noche sin Fortuna*. Op. Cit. p. 33.

<sup>14</sup> Ibid.

es la señal que los prende, que los entrega a “ese territorio de nadie que es el pedacito de noche atrapado por la rumba”, cuyo inicio es como para los vampiros después el crepúsculo, la hora mágica. El sol es condenado y la noche esperada. Los melómanos se toman la oscuridad y la miran llegar perplejos: “Cuando llegó fue mágica. El repentino fuego de los autos, las montañas a morado, la música de palmoteos y saltos y chillidos que entonaron los muchachos, yo sonreí y mis dientes y los de Mariángela se vieron brillantes en la nueva oscuridad (...), digo, no es un proceso corriente tener que acostumbrarse a una noche que siempre llega así, siempre excepcional”. “Soy una fanática de la noche. Soy una nochera”<sup>15</sup>, dice María del Carmen la narradora de este monólogo de música, quien en una noche cambia su caminado y le entrega toda el alma a la fiesta.

### *Cinesífilis: “Que la vida era la ilusión y la realidad el cine”*

Andrés Caicedo iba a cine. Mucho antes de soñar con dejar obra, el cine lo empezó a dominar, se encerró en la oscuridad bajo el reflejo de las imágenes, obsesionado por entender su misterio. “Durante sus 25 años, Andrés no pasó un solo minuto de su vida sin dejar de pensar en el cine”<sup>16</sup>, dicen seguros sus amigos cineclubistas. Fue infectado, de la “cinesífilis”, como es llamada en uno de sus relatos a la enfermedad de castilla; la condición de solitarios, de desadaptados, de incomprensidos que son salvados por el cine. “Nuestro cineasta opta por la soledad, se va convirtiendo en lo que llaman un cinéfilo. Ya no entiende a las personas, ya no necesita enamorarse de mujeres reales: para qué si en la pantalla las tiene mejores y más inteligentes; se aparta de las actividades colectivas; va todos los días a cine; repite películas, empalidece; llega a extremos tales como autoconvencerse de que sólo respira bien en la soledad del cine, y que

---

<sup>15</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *¡Que viva la música!* Op. Cit. p. 26.

<sup>16</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Ojo al cine.* Op. Cit. p. 15.

afuera lo persiguen; busca instintivamente el sitio de la sala que corresponde al lado del cual sueña; se va volviendo huraño, tosco y torpe; tartamudea; no le hace caso a su propio juicio”<sup>17</sup>. Condición que Andrés vivió en el silencio y en la anónima experiencia, solo, se convirtió en un vampiro devorador de películas, en un intenso canibalismo cinematográfico que forjó su obra y su efímera existencia.

El cine fue su locura, su más profunda obsesión. La realidad de la pantalla se convirtió en fuente primera de su realidad. Andrés se reconoce por su creación literaria, pero su trabajo más extenso es sobre el séptimo arte. “Lo que más cultivó Andrés en su obra fue: la escritura, por, para, desde y enfrente del cine”<sup>18</sup>. El sueño del cinematógrafo fue su primera fuente de inspiración, sería el cine hasta sus últimos días su musa y su redentor. Bajo la sombra de “Rebelde sin causa” inició su creación literaria. Relatos como *Infeción* y *El atravesado*, gravitan en la figura de rebeldía del niño precoz y tropelero. A partir del 69 empezó a escribir comentarios de cine: “Siempre de la crítica me ha gustado lo insólito, lo audaz, lo irreverente, lo maleducado”, escribió Andrés, que mezclaba en la crítica su profunda erudición del tema y su talento de creador. No eran pues las críticas heladas de objetividad. Nunca dejó para sí su opinión íntima de las películas. Ya lo dijo él: “Cada gusto es una aberración”<sup>19</sup>. Sus escritos cinéfilos combinaban sus ficciones y su propia vida, hasta el punto que a veces el universo fílmico se confunde con sus pensamientos.

Su aberración fue sobretodo por el *Western* y el cine de horror, se deleitaba también con los grandes maestros del cine, como Bergman, los de la nueva ola francesa, Buñuel y Chaplin. Pero tenía una especial afición por el cine de serie B, un cine que le gustaba llamar imperfecto. Prefería en especial al cómico norteamericano Jerry Lewis. Andrés decía que rescatarlo

---

<sup>17</sup> Ibid. p. 33.

<sup>18</sup> Ibid.

<sup>19</sup> Ibid. p. 25.

y detenerse en él era un acto de terrorismo. Lewis fue un director que encontró un fiel espectador en Caicedo, pues según el mismo escritor: “Las películas de Jerry encuentran su mejor público en los hombres-niños, en los hombres que no crecieron nunca y a quienes el mundo les juega más de una pasada por su condición infantil”<sup>20</sup>.

La soledad es fundamental en la aberración cinéfila de Andrés. La afición al cine es la enfermedad de los solitarios. En su cuento *El espectador*, es Ricardo González quien va a cine todos los días; cuando sale del teatro necesita volver a entrar. Pasa más tiempo de su vida encerrado en la cómoda oscuridad que en la luz exterior: “Llevo tanto tiempo yendo a cine que hasta conozco el olor de las personas que se presentan en la pantalla”<sup>21</sup>. El espectador no comparte su obsesión con nadie más. Alrededor se sientan personas desconocidas y el hombrecito exclama: “Si yo tuviera una persona amiga que le gustara el cine, las cosas serían mucho más fáciles, sí, yendo a cine todos los días sin importarnos que el teatro estuviera vacío”<sup>22</sup>. Quiere encontrar a otro cinéfilo “para decirle todo, desde la primera película hasta la última”<sup>23</sup>, pero nadie lo entiende, por eso elige el silencio, y camina por Cali, recordando películas, y es feliz; el hombrecito es feliz porque va a cine.

*Los mensajeros* es el cuento en que Andrés convierte a su ciudad en “Caliwood”, la capital del cine mundial; de la pantalla salen los protagonistas de las películas inundando la avenida Sexta, imaginarios que habitan una ciudad desbordada en referentes cinematográficos. En “*Calibanismo*”, “se vincula el sentido antropófago de canibalismo con Cali”<sup>24</sup> y su narrador

---

<sup>20</sup> Ibid. p. 330.

<sup>21</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *El Espectador*, *Calicalabozo*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. p. 54.

<sup>22</sup> Ibid. p. 49.

<sup>23</sup> Ibid.

<sup>24</sup> CARVAJAL, EDWIN, *La textura cinematográfica en los cuentos de Andrés Caicedo*. En: *Estudios de Literatura Colombiana*.

describe las veces que ha visto comerse a una persona. El texto se vuelve al cine cuando su personaje pide: “¿Por qué mejor no dejan que piense en otra cosa, en películas por ejemplo?”. De ahí, al encanto que produce el cine en este hombrecito y de lo que en ese pedazo de oscuridad experimenta con María, cómplice de juegos sexuales y de su afición cinéfila: “Ella es feliz viendo cine y va durar siglos con esa felicidad, no todo el mundo tiene la suerte de aprender todas las cosas importantes de la vida al lado de una pelada que le explica a uno, mientras uno ve cine de lo más fresco”<sup>25</sup>. La serie de *Destinitos fatales*, es una referencia directa al vampirismo que dominó también el interior de Andrés. Homenaje preciso a las películas de terror que, tal como lo expresó Sandro Romero, “lo poseyeron hasta invitarlo a vivir para siempre en la profundidad de sus propios infiernos”<sup>26</sup>.

Todos los personajes de Andrés se refugian en la oscuridad segura del cine que los protege de tiempos difíciles. Frente a la pantalla la feliz amargura, la soledad siempre placentera. Pero al final de la película, la realidad del cine se evapora y los espectadores son entregados a una ciudad dominada por el sol. “Cuando yo iba a cine salía con un infierno adentro. Me atormentaba estar ante un mundo armónico, perfecto por lo determinado, sin posibilidades de modificación; (...) y luego salir a aquel sol maldito en donde yo era, existía”<sup>27</sup>. Dice Solano, también en voz del escritor, quien se encontraba con su pedacito de terror a la salida del teatro. “Acabo de salir de cine y contemplo con horror la noche que me habita dentro”<sup>28</sup>.

Su pasión cinéfila lo hizo viajar hasta Los Ángeles con tres largometrajes bajo el brazo: dos de horror y un *Western* para vendérselos al director Roger Corman. Pero fue más una tarea utópica que le trajo al escritor mañanas

---

<sup>25</sup> CAICEDO, ANDRÉS, “*Calibanismo*”, Op. Cit.

<sup>26</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Ojo al cine*. Op. Cit. p. 16.

<sup>27</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Noche sin Fortuna*. Op. Cit. p. 91.

<sup>28</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Ojo al cine*. Op. Cit. p. 478.

llenas de angustia, pensamientos negros, pero sobre todo fue la época en que más cine vio. “Me dediqué únicamente a ver cine mientras me durara la plata. Vivía yo al frente del teatro New Vaga, (...), me levantaba a las ocho de la mañana, cruzaba la calle desayunado ya, y me entraba al teatro a mi cita con la oscuridad, para salir a eso de las once o doce de la noche o ya de mañana”<sup>29</sup>.

En la realidad fílmica se pasaba el día y salía ya a la noche a ficcionar con su próxima novela, a la que en anotaciones compulsivas llamaba *Pronto*: “Fragmentos de unas tales memorias de una cinesífilis: encontradas en una ribera del canal de Panamá”. Novela tejida en reflexiones y notas de sus propios juicios cinéfilos. Ficción de un hombrecito que va al cine hasta que se enloquece. La idea de un espectador que ve todo el cine hecho, que llega hasta el delirio a la luz de las imágenes, obsesionó a Andrés hasta el día de su muerte. *Pronto* sería una novela que nunca terminó, tal vez por que la ficción tejida en su cabecita borró los límites entre lo imaginado y lo real, entre lo ficcionado y lo vivido. Dijo Caicedo “que se enloquezcan mis personajes, no yo”. Una advertencia que se hacía a él mismo, muy adentro algo le decía que ese hombrecito por crear era él y sólo él.

El escritor, el melómano, el vampiro, el ángel maldito, el cinéfilo, dejó su confusión hecha testamento: “Del teatro salí sintiendo burbujas de alucinación en el cerebro. Caminaba muy, muy lentamente, y no enfocaba nada en particular aunque las calles cobraron mucha profundidad. Estaba impresionadísimo por cada destino fatal de la película y pensé que ninguno de esos rumbos que ahora veía a medias importaba realmente, **que la vida era la ilusión y la realidad el cine**”<sup>30</sup>. 

---

<sup>29</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *El cuento de mi vida*. Op. Cit. p. 28.

<sup>30</sup> CAICEDO, ANDRÉS, *Ojo al cine*. Op. Cit. p. 505.